

18° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 14.09.2013

¿Somos definidos por la obra de Dios? ¿La obra de Dios, el Oficio divino, define nuestra identidad?

Para entender qué significa ser definidos por la obra de Dios, comencemos a movernos con el monje humilde del 12º grado de humildad en el centro de la vida monástica benedictina y en los círculos que se irradian de él.

El centro, por lo tanto, creo que ya lo habéis entendido, está “*in opere Dei* – en la obra de Dios”, es decir, durante el Oficio divino comunitario.

No es por casualidad que los capítulos de la Regla sobre el Oficio divino sigan inmediatamente al capítulo 7º sobre la humildad, porque Benito comienza precisamente a describir desde el centro la irradiación del monje humilde.

Mientras estaba una semana en Lérins en el mes de agosto para preparar un poco estos capítulos en el retiro de la isla, una mañana rezaba al salir el sol sobre la ribera del mar. El agua gris, bajo un cielo nublado, apenas se movía por un tranquilo oleaje, y el sol levante al horizonte comenzaba a infiltrarse entre las nubes y el mar, y a extender sobre el agua gris un manto jaspeado de oro. Cerca de la orilla, me llamó la atención un pequeño escollo, una pequeña roca, cuya cima estaba justo a ras del agua, de modo que el ondear del mar cubría y descubría continuamente la punta de este escollo. El resultado era que el escollo formaba y volvía a formar continuamente nuevos círculos en el agua marina, que, a su vez, jugaban con la luz ardiente del sol naciente.

El Oficio divino es esto, así mismo, para san Benito. Un escollo fijo y estable que aflora a la superficie gris y en continuo movimiento de nuestra jornada y que, aflorando, interactúa con lo que hacemos, con lo que sucede, para formar en ello un dibujo concéntrico, una estructura centrada y armónica que después se difunde en toda la realidad. La luz de Cristo, como el sol, se levanta sobre todo lo que acontece, sobre lo que hacemos y vivimos, pero es como si solo fuese del centro del Oficio divino que esta luz pueda convertirse en una irradiación visible que ordene y armonice nuestra vida.

Pero si la roca, el escollo que genera este dibujo concéntrico estuviese siempre inmersa en el agua gris, no se crearía ese dibujo, y, en consecuencia, el surgir del sol permanecería como una luz vagamente difusa sobre el mar, pero sin un mensaje claro y ordenado, sin poder expresar un dibujo ordenado, centrado y bello en la realidad cotidiana que vivimos.

Es un poco en este sentido en el que debemos entender el ritmo y la frecuencia del Oficio divino en la jornada monástica organizada por la Regla. No basta que la roca encrespe el agua gris del mar una vez al día, y tampoco al inicio y al final del día. Es necesario que aflore regularmente, de lo contrario, los círculos desaparecen y el agua se vuelve plana o quizá tiene solo la forma de las ondas que produce el mar, no aquella de la irradiación desde un centro.

En la jornada monástica, según san Benito, la roca del Oficio “reaflore” regularmente: Vigilias, Laudes, Prima, Tercia, Sexta, Nona, Vísperas, Completas. También estos tiempos de oración han sufrido variaciones y adaptaciones con el paso de los siglos y después del Concilio. Normalmente, se ha añadido la Eucaristía diaria. Lo que sí ha reclamado justamente el Concilio es la importancia del respeto a la verdad de la hora en la que el Oficio se reza. Esto corresponde profundamente con la concepción benedictina de la oración, precisamente como centro que debe renovar regularmente la irradiación ordenada en nuestra vida por la obra de Dios. No basta, para ser fieles a san Benito, mantener todos los Oficios que prescribe. Más importante que la cantidad es la calidad de la oración, y diría que la calidad consiste, precisamente, en la regularidad y frecuencia de la oración durante el día. Para muchas comunidades que tienen obras importantes a nivel educativo o pastoral, pero también económico, no es ciertamente fácil interrumpir a menudo la jornada para rezar el Oficio. A veces la ancianidad o la salud impiden esta frecuencia regular. Pero también aquí lo importante es no perder de vista el valor y el significado de los gestos que san Benito nos propone, después cada uno hará como pueda. Si para recitar todo el Oficio una comunidad acumula las Horas en un par de “bloques”, esta comunidad no es fiel al sentido del Oficio que quiere san Benito, y tampoco a lo que quiere la Iglesia. Porque los Oficios se convierten como en “masas de oraciones” colocadas y desplazadas donde menos molestan, que no interactúan con el tiempo del día, con la vida cotidiana. col tempo della giornata, con la vita quotidiana. No es más, como mi escollo de Lérins, el aflorar desde lo profundo de algo que perfora la plata y gris superficie del vivir, para renovar y mantener en él el dibujo concéntrico e irradiante de la obra de Dios.

En efecto, el verdadero problema de nuestra vida de oración es su relación con la realidad en la que vivimos. El verdadero problema de la oración en los monasterios, y en cualquier parte, no es ante todo qué Oficio rezar, en qué lengua, con qué melodías, con qué ceremonias, etc. El verdadero problema es qué tiene que ver la oración con la vida, qué efecto tiene la oración con la realidad de la vida que vivimos cada día.

San Benito pone mucho cuidado en esta relación entre oración y realidad, en la relación entre el Oficio Divino y la vida diaria, es decir, en la relación del encuentro con Dios y la vida humana. Cuando la vida de los monasterios benedictinos, por ejemplo Cluny, dejó que la liturgia ocupase la mayor parte de la jornada, de modo que no fuera posible hacer otra cosa, se perdió algo esencial del carisma benedictino. Era como si el escollo que está a ras del agua, en continua creación de los círculos concéntricos, se fuese transformando en una montaña de la que las aguas bañan solo los pies, contra la que las ondas de la realidad cotidiana van solamente a romperse, sin que se forme ningún círculo, ninguna irradiación del Oficio sobre la realidad.

La reforma cisterciense quiso volver a la relación oración-realidad querida por San Benito, aunque después, con el paso del tiempo, el trabajo mismo ha vuelto a ser una montaña. Los círculos del agua ya no se forman si el escollo se convierte en una montaña, pero también si el agua del mar llega a ser tan alta que el escollo no aflora casi nunca...

Por esto es importante aprender de la Regla la relación equilibrada entre el Oficio y la vida diaria.

Y, en efecto, san Benito no habla nunca del Oficio sin insertarlo en la realidad de la vida humana que vivimos. Esto desde el comienzo del primer capítulo que trata del Oficio divino, el capítulo 8.

Ante todo, la realidad quiere decir las estaciones del año, y el cambio de las condiciones atmosféricas y de la largueza del día. “Durante el invierno, esto es, desde las calendas de noviembre hasta Pascua, se levantarán a la octava hora de la noche conforme al cómputo correspondiente, para que reposen hasta algo más de la media noche y puedan levantarse con la digestión hecha” (RB 8,1-2). Antes de hablar o, más bien: para hablar de la oración, san Benito habla de realidad y humanidad: realidad del tiempo, de las estaciones, realidad del cuerpo, del estómago, del sueño.

Después continúa: “Pero desde Pascua hasta las calendas de noviembre ha de regularse el horario de tal manera, que el oficio de las vigiliias, tras un cortísimo intervalo en el que los monjes puedan salir por sus necesidades naturales, se comiencen inmediatamente los Laudes, que deberán celebrarse al rayar el alba” (RB 8,4).

La realidad de la digestión, la toma san Benito en consideración hasta el fondo, ¡hay que decirlo!, con la naturaleza de quien vive su vida humana con unidad, sin esquizofrenias. Para que las oraciones estén en relación con la realidad de nuestra humanidad, la primera condición es no censurar nada, no hacer nada aparentando ser ángeles. Los que rezan viven en el tiempo, en un clima determinado, y tienen un cuerpo con sus exigencias psicosomáticas. Si se censura lo humano, el resultado no va a ser que se rece mejor. El resultado es que la oración después no tiene una relación positiva con la realidad de nuestra vida y, por lo tanto, no irradia en ella el encuentro con el Dios que obra.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist